

arrójalo riendo y luego canta
 de alegría por él y por su dueño!
 — ¡La Tierra olvida siempre! — Es muy posible,
 andando el tiempo, si las lluvias crecen
 y el polvo del camino la recubre,
 que sobre esa corona despreciable,
 broten, como una redención, las yerbas!



Navidad

¡ Nacer! Quiero nacer
 como el rubio Jesús de los cristianos;
 en medio del Invierno
 sobre la nieve estéril de los campos.

¡ Nacer! Quiero nacer
 entre los bueyes; de mirar pacífico,
 que viven satisfechos
 rumiando, en calma, los pasados siglos.

¡ Nacer! Quiero nacer
 bajo el aliento de los viejos asnos,
 con sonrisas de niño,
 con resplandor profético en los labios.

¡ Nacer! Quiero nacer
 rompiendo las tinieblas de la noche
 con la estrella de gracia
 que ilumina á los tímidos pastores.

¡ Nacer! Quiero nacer
 porque deseo que apremiados vengan
 á doblar ante mí su frente calva
 los ridículos reyes de la tierra.

¡Nacer! ¡Quiero nacer
porque estoy en el seno de la muerte,
porque el Mundo dormita y sobre el Mundo
las profecías se renuevan siempre!





A los Hombres del pueblo

Sois jarros siempre llenos y sois fuentes
que no se agotan nunca : una constante
serenidad, un entusiasmo eterno
llena vuestras entrañas, como llena
un agreste perfume los rincones
de los bosques antiguos : vuestra risa
vibra con el rumor de aguas saltando,
y en vuestros ojos brilla la fiereza
con que á su amada los leones buscan.



¡ Hijos de Prometeo ; compañeros
eternos de Jasón ! — Como á los campos
acude el sembrador con las semillas,
promesa de abundancia, entre las manos,
yo acudiré á vosotros con la pobre
siembra de mis ardientes pensamientos ;
yo os buscaré, como animosamente
las piedras de los montes busca el águila
para colgar su nido ; entre vosotros
tendré mi hogar y engendraré mis hijos ;

¡ los hijos de mi espíritu! robustos,
de pies descalzos, de cabeza erguida,
con el beso del Sol sobre la frente
y el olor de las yerbas en las plantas.



Entre vosotros, como en ancho valle
ceñido de montañas, mis canciones
encontrarán un eco, y vuestras madres
y vuestras hijas de color moreno
me hablarán de las fiestas de la tierra,
del pan y del trabajo y de los trigos
que empiezan á dorarse y de las grandes
cosechas presentidas...



Vuestras penas
serán la levadura de mis versos
y en vuestras alegrías mis canciones
hundirán sus raíces, como el blanco
nenúfar en el agua de los ríos.



Sois, en la Humanidad, como las olas
en el vaso del mar; que guardáis mundos
ocultos en vosotros y terribles
pasáis sobre los mundos corrompidos
haciendo risa en ellos: sois el coro
que aconseja á los héroes; las raíces
del árbol poderoso, las columnas
sobre las cuales se afianza el Templo!



No sois estatuas, pero sois el barro
con el cual se levantan las estatuas;
no sois dioses, empero sois el ara
sobre la cual los dioses se sostienen
para decir su profecía al mundo;
no sois el bosque, pero sois los árboles
que, con abierta libertad se agrupan;
que, dando paso al aire y recibiendo
las caricias del Sol, forman el bosque.



Yo bajaré á vosotros, como baja
al fondo de los mares el avaro
en busca de tesoros; como el músico
se sepulta en el fondo de las cosas,
para escuchar el ritmo de la vida.
Contadme vuestros hechos y dejadme
atarlos con el hilo de la idea;
dadme vuestras espigas, y mis manos
harán de ellas un haz!



— Como las nubes
hablan con las montañas y los ríos
reflejan á los árboles, conviene
que los buenos hablemos con los malos,
los grandes con los chicos; que vivamos
los unos en los otros, compartiendo
todos nuestros trabajos. — En la Tierra
nada es de nadie y el azul del cielo
es como un mar, donde árboles y estrellas,
piedras y flores, aguas y cabañas,
hombres y fieras, hemos puesto un poco
de nuestro propio sér. —

Por esto, el hijo
de las respiraciones de la tierra
á todos igualmente nos cobija
y nos contempla con ternura á todos.



A la Naturaleza

¡ Madre mía querida ! ardientes lágrimas
á derramar sobre tu carne llego
como sobre los troncos de las vides,
gotas de miel derraman los racimos
demasiado maduros. Me has llenado,
madre mía, de tí. — Soy como el último
de los árboles tuyos, los ascetas
de los campos. —

Quisiera, sin moverme,
hundidas las dos plantas en la tierra,
extendidos los brazos en el aire
en perpetua promesa de un abrazo
con cuyas esperanzas me extasio,
la cabeza en las nubes recibiendo
como lluvia de fuego, la abundante
magnificencia de los días, madre,
gozar de tí, y en mis arterias todas
sentir el paso de tu ardiente savia
fundida con mi sangre ; mis cabellos
se erizarían de placer y el viento,

haciéndolos vibrar, sacudiría
 las fibras de mi carne: Amada mía,
 madre y esposa y lecho donde duerme
 toda la variedad de mis amores,
 tu, la Serenidad, ¿no compadeces
 mi turbación?

Como tropel sediento
 de ovejas en rebaño, mis deseos,
 corren á ti, con la garganta seca,
 húmeda tierra de los campos verdes;
 ¡dales pasto de vida; que tus hojas
 frescas de savia y tus jugosos frutos
 y las corrientes aguas de tus ríos
 templen su ardor! ¡qué en su agotado vaso
 vuelvan á rebosar las esperanzas
 como vino maduro! ¡qué su tronco
 se cubra de retoños y en la tierra
 hundan una familia de raíces!
 ¡Oh, mis deseos muertos! Sepultaos
 en este mar inmenso y por vosotros
 correrán los ardientes entusiasmos
 de la resurrección.

Aquí, la vida
 en su primera fuente, aquí, los frutos
 pendientes en el árbol; aquí, el día
 desprendiéndose virgen de los cielos
 como un don de abundancia; aquí, las yerbas,
 las peñas y las mieses. ¡Madre amada!
 Echa sobre mis hombros temblorosos
 el abrasado manto de tus nubes
 cuando, al ponerse el sol, quedan pendientes,
 deseando caer sobre los campos,
 como un último beso de los cielos
 á su hermana la tierra!

¡ Amada, madre!
 ¡ Dame luz! ¡ Dame fe! Que entre tus brazos
 he desaparecido como gota
 que se deshace entre las olas; todo
 me abruma y me aniquila y me anonada,
 árboles, montes, ríos y caminos:
 ¿Quién soy? ¿adonde voy? ¡Padres, hermanos!
 ¡ Soy vuestro; soy vosotros! — ¡ Avancemos!
 ¡ Vivamos!

Enseñadme vuestra fuerza
 y vuestra libertad — ¡qué nadie borre
 las sacrosantas leyes de mi vida!
 ¡qué cuando quiera florecer florezca,
 y que en mi frente las ideas broten
 con la expansión y la abundancia, madre,
 con que brotan tus frutos!

Y tu, amada,
 tu, yedra de mi tronco, y misteriosa
 niebla de mis alturas; tu querida
 y esperada mujer ¿dónde pretendes
 celebrar tus eternos esponsales
 sino en estas regiones?

Aquí pueden
 caer tus vestiduras sobre el suelo
 como las hojas secas de los árboles;
 ebria de sol te dormirás y, á tiempo
 que te cubran los musgos, avanzando
 los pájaros con miedo sus cabezas
 vendrán curiosos á picar tu pecho.





El Trabajo

Antes de aquel momento era la Tierra
como virgen estéril sin amores,
como cabeza de hombre embrutecido
sin pensamientos: iban y venían
por la negra llanura y por los montes,
fuerzas perdidas, ríos y huracanes
y trabajosamente adelantaba
el carro de la Vida entre las nieblas.

Pero medita el hombre y con cariño
decide al fin doblarse hacia la tierra
y entre la arcilla roja clava el duro
pedernal no pulido. — Resonaron
comprimidos sollozos de la virgen
forzada á producir: en lo más hondo
del suelo primitivo los estériles
genios de la quietud se reunieron,
y comenzó la lucha interminable
contra la Vida que adelanta siempre;

mordieron los gusanos las semillas
y en las raíces se escondió la oruga.

Pero impávido el hombre nuevamente
se dobla hacia la Tierra con ternura,
y una vez y otra sobre el duro suelo
los dos brazos derriba: el ruido encuentra
un eco prolongado entre los montes
y brotan chispas cada vez más anchas
del toscó pedernal; ¡y así el Trabajo
no se interrumpe nunca! Es como un himno
que comienza sencillo, al que se juntan
después todos los ruidos de la Tierra.

Penetra en el silencio de los bosques
y con rumor de torres derrumbadas,
los árboles se tienden por el suelo,
cadáveres gigantes en la lucha
por la Vida, las hojas desprendidas
vacilan largo rato por el aire,
como buscando al padre que han perdido,
y caen después sobre el enorme tronco
lentamente, con ritmo funerario
coronas deshojadas sobre el muerto.

Cunde el gran movimiento por la quieta
sábana de los llanos y en la línea
del horizonte enrojecido apunta,
arrastrando el arado primitivo
la hociuda cabeza de los renos.

Cruzan el suelo en todas direcciones,
arterias portadoras de la vida,
los surcos recién hechos; hondos, rojos,
como llenos de sangre —

Se levantan
las viviendas primeras. — Los mastines
derramando los ojos vigilantes
por toda la llanura, se recuestan
contra el enorme quicio de las puertas
en ausencia del hombre, y cae, partido
el pecho por las flechas puntiagudas
la alimaña dañina, mientras llena
los húmedos establos, con un tibio
calor que reconforta, la sombría
tropa de los rumiantes y el Trabajo,
apoyándose en ellos, acaricia
su resistente espalda... ¡son sus hijos;
los portadores de su carro! y cife
con las primeras flores de la Tierra
sus cuernos de oro que el vigor retuerce.



Es el triunfo del hombre: es su dominio
que comienza á cumplirse.

Mal envuelto
bajo una piel de reno por las tardes,
regresa del trabajo; ya el crepúsculo
extiende sobre el campo pensativo
su manto gris y entre las rocas chillan
las aves agoreras de la noche;
saltan los perros, con la cola enhiesta
entorno al hombre joven y acarician
sus manos sudorosas y él detiene
de tanto en tanto el mesurado paso,

volviéndose á mirar la solitaria
llanura fecundada, y considera
con ojos de cariño los primeros
brotes de yerba adivinando en torno
la canción misteriosa de los gérmenes
que reciben el beso de la Vida.



En el hogar, con la cabeza rubia
del hijo más pequeño entre los brazos,
para enjugarle con piedad la frente,
hija de Ceres, su mujer le espera.





La Muerte

También por tí ; también para tu gloria
resonarán las voces de los vivos,
Muerte fecundadora ;

En tus misterios
me quiero hundir, como el león, sangrando
de voluntad furiosa las pupilas,
sepúltase en la cueva, donde late,
en carne viva, su botín.

¡ Aplácame !
Moja mis fauces secas, Madre Muerte,
con la caliente sangre de las víctimas
que se dejan matar ; que mis anhelos
sean como cuchillas y que pasen
mis Ideas la lengua embriagada
sobre las pobres reses, recién muertas,
ante el ara triunfante de la Vida.

Para que el padre sol cruce los cielos
como una bendición depatriarca,

haciendo bien á todos, es preciso
que en la sombra nocturna, cuando quedan
en brazos del silencio las montañas,
los rayos de luz muerta de la luna,
besen la grasa de las pobres bestias
desnudas de su piel, abandonadas
entre ahullidos de perros, en el fondo
de las encrucijadas.

En tu seno
constante, productora, Santa Muerte,
recibes los principios de la vida ;
y, con tus propios labios, aplicados
á los hinchados frutos de los árboles,
extraes el jugo que ha de dar mañana
muchedumbre de huertos á la tierra
y variedad de flores á los huertos !

Renovación te has de llamar y eterno
bautismo de la vida que se forma ;
¡ trabaja sin descanso ! ¡ Danos carne,
ofrécenos bebidas !

Que se apaguen
para dar luz al día las estrellas
y que, como hojas secas, se disipen
las ideas, rebaño de las almas,
y pasto del Espíritu.

Yo adoro,
yo considero con terror magnífico
tu trabajo continuo, negra muerte,
Esposa inalterable de la vida. —
Eres como la hiena que devora
para dar vida á sus cachorros. ¡ Salve !
¡ No te detengas en tu marcha ! Escucha

las súplicas ardientes de tus hijos
que están pidiendo pan!

Toda la Tierra
con todos sus tesoros, pon debajo
de las plantas del hombre; ¡ Muerte, Reina,
yo adoro la hendidura de tus labios
y las arrugas de tu piel amada
como el sangriento surco de los campos
donde entierra el labriego sus semillas.



Eres negrura de nocturna sombra
donde se incuba el astro de los días;
profundidad de abismo, en cuyo fondo
sobre el húmedo musgo brotan flores.
Prosigue tu labor! ¡ Oh Madre amada
haz que miremos con serenos ojos
la perfecta impiedad de tus desastres!



El Padre Caos

Padre, no te olvidamos! Los salidos
de tus entrañas, primitivo germen,
donde todos los gérmenes hervían;
abismo que la fórmula encerrabas
de todos los abismos; lago inmenso
de donde todavía se desbordan
las aguas de la lluvia y las que bullen
en las arterias de la tierra; el río
y la amplitud del mar; Padre, Maestro
y enorme Genitor! no te olvidamos:
guardamos, viejo Caos, en nosotros
la semejanza de tu rostro viejo
como guardan los hijos en su rostro
la semejanza con el padre anciano.

Somos tu descendencia; innumerable
rebaño de hijos tuyos, que conserva
tu soberana independencia, el grande
poder de tus entrañas, donde hierven
todas las variedades de semillas,
y tu ilimitación que eternamente

se desborda de un mundo en otro mundo,
de un mar en otro mar, de una montaña
en la montaña próxima; tus hijos
las criaturas de la tierra, padre,
son caos como tú: son la familia
que tiene un mismo origen, gotas de agua,
hijas del mar y mares diminutos.

Escucha la canción de las montañas
y la voz de los mares que responden:

LA MONTAÑA

« ¿Porqué me rechazáis? — Desde la cumbre,
» bajo, como torrente, hacia vosotras,
» verdes olas del mar, sin otro anhelo
» que hundirme en vuestro seno y recibirlos
» entre mis brazos! Las enormes rocas
» de las altas regiones se deshacen
» en húmedas arenas; las arenas
» en polvo diminuto; en blando limo
» el polvo humedecido, y en el fondo
» misterioso del mar aguas y piedras
» son una misma cosa. ¿Quién osado
» se atreverá jamás á desunirnos?
» Somos, como el esposo, eternamente,
» reposando en los brazos de la esposa;
» como una Venus colosal de rocas
» que emplea todo el mar para cubrirse. »

LAS AGUAS

« Amigas! Rocas de la costa, hacednos
» lugar entre vosotras. — Llenaremos

» vuestros resquicios, dejaremos rastro
» de peces de oro y de marinas conchas,
» duras como vosotras, en la punta
» de vuestros negros picos, que, pasando
» desgarran nuestra túnica sonante;
» Rocas! nos entraremos en vosotras,
» como en la esponja de fibrosas celdas
» y os dejaremos llenas, goteando,
» recubiertas de musgo, coronadas
» con un interminable hervor de espumas;
» porque vosotras sois como olas nuestras,
» olas llenas de tierra, olas que duran
» siglos tal vez, que en deshacerse emplean
» unos instantes más; pero, queridas,
» engendradas, amadas olas nuestras. »



¡Caos, padre del mundo! Escucha el diálogo
de la tierra y los árboles:

LA TIERRA

« Es vuestra,
» es mía, amados míos, cuando sube,
» como una inspiración por vuestras ramas;
» cuando, llegando de improviso obliga
» á estremecerse á las menudas hojas;
» ¡es vuestra, es mía, la hervidora savia
» donde estoy yo, donde hay todas mis fuerzas,
» y todas mis partículas y el jugo
» de todas mis arterias; hijos míos,
» las últimas raíces de los árboles
» son las primeras fibras de la Tierra;
» somos lo mismo ¡amadme! ¡estremeceos

» sobre mis grandes llanos, como un niño
» en el blando regazo de su madre!

LOS ÁRBOLES

» Tierra, querida Tierra! para hablarnos,
» para dictarnos tus profundas leyes
» no has de mover los labios, porque somos
» un solo sér contigo; tú la sientes,
» nosotros la pensamos y una misma
» es nuestra vida y la misión de todos! —
» Tu misma eres un árbol, Tierra! Tienes
» tu raíz en el mar; las cordilleras
» son tus ramas; tus hojas los peñascos,
» tus flores las cavernas y los templos
» y tus semillas los ocultos dioses,
» los ídolos! ¡ Amémonos, amada!
» vivamos confundiendo eternamente
» en una sola hoguera nuestro fuego.»

Escucha la canción de los colores,
Padre de todo y Rey de todos, Caos!

LOS COLORES

« Todos somos la luz, y la luz tiene
» sonrisas verdes, rojas, amarillas
» y pensamientos negros! Como estrellas
» formando nebulosas y palabras
» unidas en estrofas, palpítamos
» en el fondo del aire, entrecruzados,
» entrando unos en otros como inmensa
» legión de combatientes diminutos;
» y nuestra sangre es el color triunfante

» rojo, verde ó azul: nube de aurora,
» llanura inmóvil ó sereno lienzo
» de un mar tranquilo. ¡ Hermanos, continuemos
» la eterna danza que jamás termina,
» mezclemos las sonrisas á las lágrimas,
» las candideces de la nieve al negro
» vaho de los abismos ¡ agitémonos!
» todos tienen la luz y la luz tiene
» sonrisas verdes, rojas, amarillas
» y pensamientos negros! »

Padre Caos,
escucha finalmente las canciones
del hombre que te adora:

EL HOMBRE

« En todas partes
» y bajo todas las presiones, siento
» que me hallo á gusto y que he nacido, sólo
» para gozar y abrimme como surco
» de tierra bajo todas las semillas.
» ¿ En dónde acaba mi poder? ¡ Canciones
» salidas del rincón de mi cerebro,
» llenas de pensamientos, de esperanzas
» y de palpitaciones, en vosotras,
» ¿ qué cosa he puesto yo? ¿ qué cosa han puesto
» los anchos ríos, los alegres vientos
» y la amplitud del Universo todo?
» ¿ Sería bello sin mi canto el mundo
» y mis canciones sin el mundo grandes?
» ¡ Caos, supremo Caos, Himeneo
» de todos los esposos! cada cosa
» guarda tu imagen y ninguna vive

» sin reflejarte á tí. ¿Dónde comienza
 » lo que vosotros me inspiráis, sombríos
 » muros de mi jardín, sobre los cuales
 » caen, como en catarata, abiertas rosas,
 » colgantes alhelios y rocíos
 » de olorosos jazmines? ¿Dónde, amada
 » mujer de grandes ojos, se terminan
 » la pasión que me inspiras y la inmensa
 » que echo yo sobre tí, gratuitamente
 » sin que tú puedas ni apreciarla? ¿Dónde
 » dejo yo de ser yo y el Universo
 » á mis ojos se ofrece solitario
 » sin ser modificado por mis ojos,
 » sin que como la esfinge del desierto,
 » sobre él se yerga eternamente activo
 » mi propio pensamiento interrogándome?»

✽
 ¡Caos, sublime padre! En tus entrañas
 como en la inmensa atmósfera residen
 todas las criaturas de la Tierra.

¡Bendiciones á tí; constante gloria
 á todos los nacidos de tu seno!

— Y al que se aísla y al que cierra impío
 sus ventanas al aire de los campos,
 y al que para encender sus propias luces
 no acude á los olivos de los huertos,
 que la luz se le apague, y su vivienda
 sea como sepulcro, y las mujeres
 le nieguen sus abrazos! — Entre tanto
 hagamos nuestras obras, Padre Caos,
 como las aves que al hacer su nido
 pajas, hierbas y plumas aprovechan!



Índice

	Págs.
Prólogo	5
El Himno del Gladiador	9
El Monstruo	12
Versos acanallados	16
Himno á Memnón	19
La conquista de la vida	22
La Adoración de los Reyes	26
La Canción de las Máscaras	29
Canto á los Viejos	33
El Templo en ruinas	37
La Buena Nueva	41
Brindis	46
La Voz del Torrente	49
La Canción de las Naranjas	52
El Rey Herodes	55
La mujer fuerte	58
Las Hogueras	61
Los Campos	65
Las Iglesias	68
Los Sepulcros	72
La Canción del buen hombre	76
Paisaje	81
Himno á la Alegría	85
La Canción de las Olas	89
Oración de Eva	93
A las Montañas. — Oración	96